



ENRÍQUEZ-DATTOLI  
*Chicos que vuelven,*  
novela gráfica

Página 3



CONTRATAPA  
El arte  
de  
destruir

Página 4

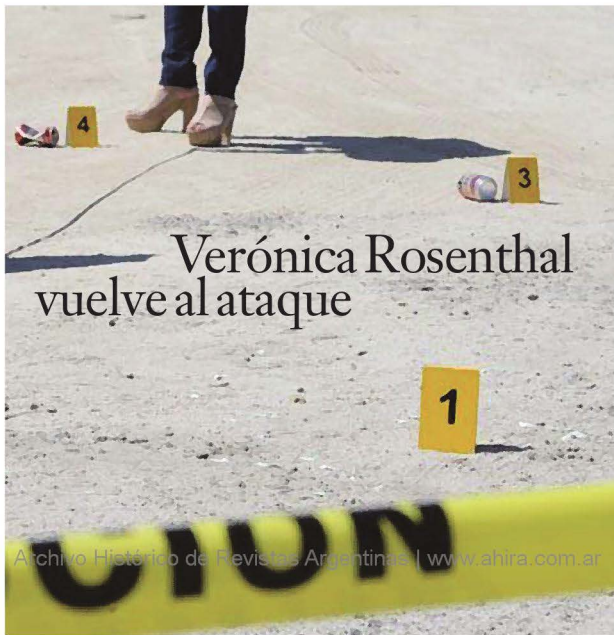
  
**télam**  
AGENCIA NACIONAL  
DE NOTICIAS

# SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 226 | JUEVES 31 DE MARZO DE 2016



## Verónica Rosenthal vuelve al ataque

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahira.com.ar](http://www.ahira.com.ar)

"Siento la misma inseguridad ahora cuando comienzo una novela que cuando escribí mis primeros cuentos cuando era adolescente", afirmó el Nobel peruano Mario Vargas Llosa a sus 80 años, que celebró de la mano de seis ex presidentes hispanoamericanos, amigos y figuras de la cultura de todo el mundo. "Con la práctica de la vocación lo que crece es el sentido autocrítico... pero la inseguridad la sigo sintiendo

como cuando era un adolescente", aseguró el autor de *Conversación en la catedral*, *Pantaleón y las visitadoras* y *La ciudad y los perros*. "Si tuviera que definirme entre todos los géneros diría que soy sobre todo novelista, luego dramaturgo y luego ensayista", aunque "el periodismo me mantiene en contacto con la historia que se va haciendo y ha sido una fuente riquísima para mis novelas", concluyó.



# Verónica Rosenthal vuelve al ataque



OSVALDO QUIROGA

Para los lectores de Sergio Olguín, que aumentan día a día, Verónica Rosenthal ya es parte de la familia. Tanto en *La fragilidad de los cuerpos*, como en *Las extranjeras*, esta intrépida periodista, que de pronto se convierte en detective y mete la cabeza en la boca del lobo, no deja de sorprendernos. Quienes la conocemos tendemos a admirarla y a denostarla con frecuencia. Por momentos es la mujer ideal para casarse, pero en otros es torpe, ingenua y promiscua al mismo tiempo. La imaginación de Olguín le ha creado al personaje tantas aristas que no es fácil encasillarla. Quizá su amor por Federico, el fiscal, sea lo más verdadero de su vida. Pero también es probable que lo verdaderamente apasionante para ella sea el peligro, y lo demás apenas un mero entretenimiento. De hecho estaba un poco retirada y bastante deprimida cuando empezó *No hay amores felices*, última novela de Sergio Olguín. ¿Qué la saca de su letargo? La acción. Algún lector desprevenido puede suponer que lo que realmente le interesa es el periodismo. Para mí le fascinan los casos policiales, o quizá un periodismo de investigación que ha terminado sus días buscando pistas y datos en las páginas de internet. Salvo en la película que ganó el Oscar, mi refero a "En primera plana", la investigación periodística atraviesa uno de sus peores momentos. Los encargados de policiales ya no visitan ni las comisarías ni las morgues. Iba a que los compañeros de trabajo piensan que basta con un principiante que sepa nadar en las redes como pez en el agua para que todo caso pueda investigarse. No es lo que quiere Verónica Rosenthal. Y como Olguín lo sabe, o lo intuye, el texto arranca con tres



SERGIO OLGUÍN. EL PERSONAJE DE VERÓNICA ROSENTHAL, PERIODISTA DETECTIVE, SALE DE SU LETARGO Y REGRESA EN *NO HAY AMORES FELICES*.

historias más que potentes: en la primera Darío pierde a su familia en un accidente, aunque él está convencido de que su hijo Jazmín sobrevivió; en la segunda, Federico asiste como Fiscal a un operativo de Drogas Peligrosas, pero se encuentra con cuerpos mutilados antes que con cocaína, y por último está la historia de la misma Verónica, de sus dudas existenciales, de sus pesadillas y de la eterna espera, o búsqueda, del príncipe azul que para ella tarda bastante en llegar, si es que llega algún día.

Los procedimientos narrativos de Sergio Olguín tienen algo en común con los del padre del policial francés: Georges Simenon, que en realidad nació en Bélgica. Tanto Olguín, como Simenon, construyen un trama policial muy simple, pero no por eso sencilla. El lector debe ir descubriendo los detalles de los personajes de sus criaturas. Es obvio que pertenecen a épocas y a culturas diferentes, pero hay una matriz narra-

tiva que los conecta. Lo de Olguín es muy argentino: instituciones policiales que no investigan lo suficiente, jueces corruptos en connivencia con los delincuentes, bandas organizadas dispuestas a todo con tal de lograr sus objetivos y políticos que aprovechan cualquier rendija que les ofrece el poder para delinquir con espíritu deportivo. El día que se termine todo esto nos costará reconocer el país en el que hemos vivido.

En el medio del caos, sin embargo, impone su presencia Verónica Rosenthal. Ella es la detective—aunque cree que es únicamente periodista—más interesante de la literatura argentina. Al menos por continuidad, dado que Verónica crece y cambia en cada novela. Le gusta la vida erótica y la práctica con libertad. Una característica que la hace amiga de los jóvenes Veinteañeros no se priva ni de uno ni del otro. Esos pasajes son ideales para escandalizar espíritus conservadores. El erotismo de Verónica crece con el peligro y con todo aquello que la ubique en una zo-

na de riesgo. En algún punto su intimidad es parte de su vocación por meterse en lugares que cualquiera en su lugar saldría corriendo. Se podría sospechar que detrás de esa fachada liberal hay una joven a la que le gustaría casarse con su novio—cuando no está separada, claro—y formar una familia tradicional. Pero hasta que eso ocurra, si es que algún día ocurre, disfrutamos con sus aventuras. A lo largo de las cuatrocientas cuarenta y tres páginas de la novela pasan muchas cosas que mantienen al lector en vilo, o despierto hasta las tres de la mañana, o leyendo por la calle, y ni hablar en el transporte público. Porque lo que consigue Olguín es atrapar al lector y no soltarlo ni aunque se caiga el mundo. Cuando creemos estar cerrando una historia, esa misma historia nos vuelve a atrapar. Médicos complotados con una orden religiosa encargada de siniestras operaciones con bebés se

enfrentan a la voluntad de la protagonista por aproximarse a la verdad aún a costa de su propia vida. Y mientras Verónica circula por el mundo y se hace amiga de una ex mojada que termina corriendo tantos riesgos como ella, la existencia circula con sus momentos esperanzadores y sus profundas decepciones. Porque Verónica siente celos como cualquier mortal. Y padece de envidia, y compite con otras y con otros, y se deprime, y consume alcohol con excesiva frecuencia y otras cosas que mejor no contar para que el lector las descubre.

Resta decir que a pesar de todo *lo sórdido* que hay en *No hay amores felices*, también abunda el humor, o cierto humor al mejor estilo de Woody Allen. Todos sabemos que el título de la novela es hipocrita, pero los lectores felices si aceptamos que no existe la completa felicidad. Verónica sería más feliz si admitiese la imperfección del mundo. Por ahora disfrutemos con el exquisito talento de Sergio Olguín y esperemos, ansiosos, su próxima novela.

El último libro de la poeta cordobesa Laura García del Castaño, *Los demonios del mar* (Ediciones del Dock), la ubica por su capacidad para amplificar lo cotidiano en base a imágenes contundentes y el despliegue de una simbología reverberante. El nuevo título de Del Castaño (1979) se agrega a sus libros anteriores *El grito* (2004), *La vida en que sueñas* (2012), *El animal no domesticado* y *El*

*sueño* de Sara Singer, ambos de 2014. La poeta da cuenta con aspeza de una realidad diaria en la que habitan señales inadvertidas del desastre. Las palabras que se relacionan con la médula de su poesía son desamparo (del tiempo), resistencia (a la muerte, memoria (a la par, insistente), fatalidad, por súbita, por inciempe, por fruto natural de nuestro destino cuenta la autora a **Teíam**



# Chicos que vuelven, novela gráfica



JAVIER CHABRANDO

Bajo el nombre de Ilustrados, Eduvin (Editorial de la Universidad de Villa María), se embarcó en la edición de novelas ya editadas por ellos mismos ahora adaptadas al modelo de novela gráfica, sea en cómica o como novela ilustrada. Este segundo caso es el de *Chicos que vuelven*, la novela de Mariana Enriquez editada originalmente en 2011, e ilustrada por Laura Dattoli, diseñadora gráfica egresada de la UBA y realizadora del famoso *Confites negros*.

La novela de Enriquez es un texto breve, una nouvelle que incluso podría ser tomado como un cuento largo. A pesar de su brevedad, el relato aborda una inquietante historia, que se inicia como un texto con trasfondo social para derivar en uno de terror, donde chicos que desaparecen como resultado de una cultura que los niega, los negocia, los desprecia, vuelven un día como si nada hubiera pasado, sin haber sufrido cambios, sin haber mudado de ropa, sin poder contar donde estuvieron.

Los dibujos de Laura Dattoli son todo lo tétrico y negro y contundentes que la historia exige, y parecen ir de la historia a los retratos que los dibujantes hacen en los tribunales donde no dejan entrar a la prensa. Y nunca se alejan de ese aire de dibujos hechos por chicos, como si la inocencia dejara rastros antes de evaporarse. De lo bello a lo infernal. Incluso, sea por decisión de diseño o de la ilustradora, se dejan largos espacios de puro negro, como si la historia que se cuenta en esta novela sólo pudiera confluir en ese vacío.

La historia tiene connotaciones de *El niño que lloraba* de Franz Kafka, una oficina casi perdida donde se actualizan los archivos de chicos perdidos y desaparecidos en Buenos Aires. La oficina funciona debajo de una autopista, entre el ruido de los coches que pasan sobre su cabeza y el silencio que



NOVELA ILUSTRADA. LAS ILUSTRACIONES DE LAURA DATTOLI PARA CHICOS QUE VUELVEN, DE MARIANA ENRIQUEZ, VAN UNAS PROMETIDAS, DONDE SE LA VE

embarca a los pocos empleados que apenas tiene relación entre ellos, silencio que es interrumpido por los lamentos de los padres que pasan por ahí a denunciar o a preguntar si hay noticias de sus hijos. Mechi pensó que jamás se iba a adaptar "pero con los meses empezó a acostumbrarse a la autopista sobre su cabeza y hasta a reconocer los distintos vehículos: el ritmo del tráfico acompañaba su trabajo y le causaba una sensación de encierro, de peccata, que de alguna manera le ayudaba."

Mechi, que tiene el hábito de leer expedientes imaginando las suertes de esos chicos e inventando historias, se obsesiona con Vanadis, una de las desaparecidas. Es la única niña que para Loli, otro de los casos de los tantos que hay en esa dependencia. Loli está enamorada de Vanadis,

pero en esta historia el amor no tiene lugar. Vanadis es una chica de catorce años escapada de su casa y que se prostituyó en Constitución, donde además convivía con otros chicos de su edad que merodeaban los restos de la cárcel de Caseros, en un submundo de vendedores de drogas, ladrones, consumidores, proxenetas y pedófilos.

De Mechi hay poco que agregar: es una chica sin gracia, sin demasiadas motivaciones ni pasiones. Y tiene un solo amigo, Pedro,

con el que intentó tener una relación más cercana pero que al ver que a ninguno de los dos le interesaba demasiado, eligieron seguir por el camino de la amistad. Pedro es periodista, y el personaje está ligado a la realidad de Mechi, busca la verdad en la calle como Mechi la busca en los archivos. El que intenta aclarar las cosas para que sean comprensibles cuando lo incomprensible acontece.

Y es Pedro el que encuentra un video de Vanadis en manos de

unos proxenetas, donde se la ve presuntamente muerta. Y mientras la consideran hasta que Mechi, la casi invisible Mechi, se la cruza en la escalera de un parque, bien viva. Esa noticia pone a todos en un estado de alegría imposible de describir hasta que ven que no es solamente Vanadis la que reaparece, sino cientos, miles de chicos, algunos dados por muertos y ya enterrados. De la alegría al terror. De la esperanza al miedo.

Los chicos no han cambiado en todo el tiempo en que estuvieron desaparecidos, visten de la misma manera, no comen, no toman agua y apenas hablan. Viven, aunque es un decir, en una acical entre zombi y fantasma, como si fueran un *zombi* de *El mundo que queda*, una casa, como si hubieran elegido la pura indiferencia para reclamarle al mundo por haberlos abando-

nado. Poco tiempo pasa para que los padres intenten devolver a sus chicos a los gritos de "este no es mi hijo".

Mechi trabaja en un archivo de la memoria y se ocupa de desapariciones. En un país donde el concepto memoria y desaparecer tiene repercusiones tan profundas, el tema propone múltiples lecturas. Pero Enriquez no aborda ese camino, se propone hablar de una tragedia más contemporánea. Como dice Elsa Druaroff en la contraportada: "chicos desaparecidos en estos días: niñas destrazadas en la trata, adolescentes pobres golpeados por la policía, aplastados por la locura de adultos que descienden, que hacen negocios sacrificando a su propia descendencia...".

Mechi, ante lo incomprensible, intenta una explicación: "Los japoneses creen que después de morir, las almas van a un lugar que tiene, digamos, un cupo limitado. Y que cuando se llegue a un límite, cuando no quede más lugar para las almas, van a empezar a volver a este mundo. Esa vuelta es el anzuelo del fin del mundo...".

El intento de Mechi de darle una explicación lógica a lo inexplicable esconde otra mirada, la de un país donde los muertos se amontonan en las estadísticas y que, quizá, siguiendo la leyenda japonesa, están arrastrando el lugar que les corresponde, y no tienen más remedio que empezar a regresar. El libro termina dejando al lector con un gusto ácido en la boca y muchas preguntas. ¿Qué es un niño para la sociedad? ¿Qué es un hijo para los padres? ¿Si no hay explicación lógica, vale la explicación que da la leyenda japonesa? ¿Entonces en algún lugar del universo comenzó el fin del mundo y apenas estamos viendo los primeros síntomas? ¿Está la tierra en Buenos Aires?

El libro *Chicos que vuelven* es un libro de gran calidad, tanto en el texto como en el dibujo y la edición. La colección sigue adelante, con la aparición de *Poetas de Río*, de Martín Doria, dibujada por Andrés Rodríguez.

En *Su rostro en el tiempo*, Alejandro Parisi se sumerge en la Italia de la Segunda Guerra Mundial con una historia incestuosa entre dos hermanos, que al ser condenados a separarse debido a ese sentimiento prohibido que los liga, lucharán hasta las últimas consecuencias para defender lo que sienten. Giuseppe y Vito integran una familia de campesinos pobres que habita en Castellamare del Golfo,

una isla cercana a Sicilia, rodeada por el Mediterráneo, geografía que para el escritor imprime en su herbaritas "un sentido trágico de la vida". Pero el mar será también el escenario propicio para que los protagonistas aseguren ese amor que sedimentó desde la infancia y que ellos sintieron como natural, pero que les valdrá la condena familiar y por ello deberán separarse.



DIRECTOR DEL SUPLEMENTO LITERARIO TELAM: CARLOS ALETTI ■ SLT.TELAM.COM.AR

4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 31 DE MARZO DE 2016

**CONTRATAPA**

→ VICENTE BARRERA

# El arte de destruir



LAMASSU. EL MODELO PARA IMPRIMIR LIBREMENTE EN 3D Y EL ORIGINAL DEL MUSEO DE MOSUL, QUE FUE DESTRUIDO POR EL ISIS.

“Cada hombre mata lo que ama” advierte Oscar Wilde en su *Balada de la cárcel de Reading*. No creo que esta sentencia incluya a quienes matan obras de arte, estoy seguro de que esos bárbaros no aman lo que matan, más bien lo odian. Aunque el odio apenas es un disparador, el objetivo esencial es demostrar que ellos, los destructores, son los dueños del poder, un poder que les permita arrasar con todo aquello que signifique algún peligro para las banderas que levantan, no importa cuál fuera el color de esas divisa.

Una inabordable secuencia de “Fellini-Roma” muestra de qué modo se borran sin remedio, se pierden para siempre, una serie de frescos que representaban a una típica familia romana durante el tiempo de los cesáres; el desastre se produce por una simple pérdida de oxígeno provocada por la perforación de nuevos túneles para una futura línea de subterráneo; el progreso como agente destructor. En esa misma Roma, pero sobre la superficie, aún se alza el Panteón que mandara a construir el emperador Adriano, en el año 118 D. H. En febrero de 380, por decreto del emperador Teodosio, el cristianismo se convirtió en la religión exclusiva del Imperio Romano: “Solo quienes obedezcan este decreto podrán ser llamados cristianos católicos. Los restantes a

quienes declaramos dementes y locos, tienen la vergüenza de seguir la doctrina hereje. Sus lugares de reunión no podrán ser considerados templos”. Un par de siglos más tarde, en 608, el emperador bizantino Focas donó el Panteón al papa Bonifacio IV, desde entonces en el interior de aquel templo dedicado a los dioses del Olimpo se alza la iglesia de Santa María de los Mártires. Un siglo más tarde, el papa Urbano VIII le encargó a Gianlorenzo Bernini que construyera el Baldacchino de San Pedro para situarlo en el centro mismo de la Basílica Vaticana, el bronce que se utilizó para esa obra provino de las celosías del Panteón y, dicen, de los dioses paganos que habían sido expulsados de sus nichos. Nuevamente, el poder de un culto sobre otro, aunque no hay que lamentarse: gracias a la generosidad del emperador Focas, es la única reliquia romana que se conserva entera, y, por tratarse de una iglesia, es una de las pocas a las que se puede visitar sin pagar entrada.

Algo parecido sucedió con la mezquita de Córdoba, construida por los musulmanes en 785, setenta años después de haber conquistado la ciudad. Para evitar la que iba a ser la segunda mezquita más grande del mundo, utilizaron los cimientos de la basí-

lica hispano-romana de San Vicente Mártir: el culto musulmán imponía su poder sobre el culto cristiano. Ese dominio se prolongó hasta 1236, año en que los cristianos recuperaron definitivamente a España. Entonces, el rey Fernando III de Castilla ordenó que la mezquita se convirtiese en catedral. En los dos siguientes siglos sufrió nuevas modificaciones, la más dramática se iba a producir bajo el reinado del emperador Carlos V: alrededor de la mezquita se levantó una gran nave cristiana, el culto musulmán quedó definitivamente encerrado por el culto cristiano. Carlos V se arrepentiría de haber provocado ese desastre: “habéis destruido lo que era único en el mundo, y habéis puesto en su lugar lo que se puede ver en todas partes”, les reprimió a los arquitectos Hernán Ruíz, padre e hijo, responsables de la obra.

En “La muralla y los libros”, Borges cuenta que el emperador Shih Huang Ti, al mismo tiempo “que ordenó la edificación de la casi infinita muralla china (...) dispuso que se quemaran todos los libros anteriores a él”, se proponía, asegura, “la rigurosa aborción de la historia, es decir del pasado”. En el año 213, el emperador Gran Muralla se habría iniciado en el 220 a. C., la epinemada actitud de destruir el pasado se mantiene hasta hoy: la quema de libros ordenada por el emperador Shih Huang Ti es uno de los muchos modos de intentar borrar la

historia. Como bien se sabe, no sólo los libros dan testimonio de lo que fue, asimismo pueden darlos los edificios y los monumentos, las inscripciones sobre piedra o sobre madera, por eso también a ellos les cabe la destrucción.

El denominado Estado Islámico (Isis) se ha propuesto anular la historia, pero a diferencia del emperador Shih Huang Ti, no está en sus planes alzar una nueva muralla: sólo ambiciona destruir. La vieja ciudad de Palmira, en Siria, se enorgullecía de poseer el templo de Baalshamin, con más de dos mil años de historia sobre sus piedras. Entre esas mismas piedras los miembros del Isis colocaron explosivos, minutos después el venerable templo, declarado patrimonio de la humanidad, era una montaña de escombros. Provisos de formidables mazas, ingresaron al Museo de Mosul y destruyeron todo lo que encontraron a su paso, desde reliquias del Imperio Asirio, que databan del 2500 a. C., hasta cien mil manuscritos históricos. Otro hábito de fanáticos Isis, montados sobre poderosas excavadoras, destruyeron por completo una zona arqueológica que la ciudad de Nimrud, en Irak, había sido su argumento: que las ciudades y los templos, los monumentos y los textos no eran otra cosa

que ídolos profanos que debían ser pulverizados. Y fue lo que hicieron: de esas reliquias sólo ha quedado el polvo.

El emperador Shih Huang Ti se dispuso borrar la historia, paralelamente a ese disparate, ordenó la construcción de la Gran Muralla que, según comentaron algunos astrónautas, es la única obra hecha por los seres humanos que se ve desde la estratosfera; el papa Bonifacio IV instaló una iglesia católica en el interior del Panteón; por orden del emperador Carlos V, por el gran mezquita de Córdoba fue rodeada por otra iglesia católica. Despropósitos, es cierto, pero lejos de los cometidos por los fanáticos de Isis, que sólo dejan ruinas a su paso. Aunque no todo está perdido: “Material Speculation: Isis”, se llama el proyecto que se dispone reconstruir las obras pulverizadas por los sectores del Estado Islámico. Se hará mediante un programa de computación y el material podrá imprimirse libremente en 3D. Al frente de esta empresa está el artista iraní Moresheh Allakbari quien, con palabras que parecen surgidas de una canción de León Gieco, sostiene que será un momento de “reconstruir la memoria”. A despecho de los sabios miembros del Isis, el caballo alado Lamassu, que honraba el museo de Mosul, copiará los gestos del Ave Fénix y resucitará una vez más de sus cenizas, aunque sólo sea en una imagen digital.